

El fundador del protestantismo

TEOFANES Egido, carmelita descalzo, licenciado en Teología y profesor de Historia Moderna de la Universidad de Valladolid, es, por supuesto, católico, celebra misa todos los días y no tiene la más remota intención de casarse, y menos con una monja...

Estas advertencias, un tanto extemporáneas, no resultarán ociosas, al proclamar la noticia de que Teófanos Egido acaba de publicar en español el tomo primero de la obra de Lutero, en cuya introducción explica científicamente muchas de sus cosas, con lo que claramente incita a creer que la rehabilitación del padre del protestantismo se hace indispensable y urgente ante el mundo católico, si es que, a estas alturas, queremos ser de verdad personas serias y además católicas.

FIGURA MANIPULADA

A muchos españoles ni siquiera les suena Lutero. A otros muchos les suena tal mal, que sólo su nombre les recuerda al demonio. Lutero ha estado y está deliberadamente ignorado en España, para lo que se han valido de procedimientos inquisitoriales, cuya urgencia perdura todavía.

La presentación que católicamente nos han ofrecido de Lutero resulta no sólo acientífica, sino monstruosamente injusta, teniéndose necesidad de rehacerse lo antes posible... No sé si llegaremos a canonizar algún día a Lutero, pero lo que sí sé es que los principios éticos más elementales exigen que la figura del fundador del protestantismo no se nos siga ofreciendo de aquí en adelante a los españoles como hasta el presente.

—¿Qué tuvo Lutero de bueno?

—Yo diría que casi todo. Dispuso de una maravillosa voluntad y de una fina sensibilidad religiosa, que fue precisamente lo que le movió a plantear y a urgir la reforma de la Iglesia. Fue un hombre de gran honradez. Y muy espiritual: todo lo centraba en Cristo, procurando despojar la verdadera religión de tantas devociones, peregrinaciones, procesiones, indulgencias... que muchas de ellas habían conseguido ocultar espúreamente el verdadero rostro y sentido de Cristo. Lutero se esforzó por conectar al hombre con todo lo de su tiempo a través de Cristo: con lo que poseía y con lo que anhelaba.

Su obra y sus escritos rezuman amor auténtico a Cristo con los que deberíamos edificarnos espiritualmente todos los católicos, sólo con que supiéramos leer, procurando prescindir de muchas cosas en las que hemos sido adoctrinados como ciertas en relación con el protestantismo y su fundador.

FALLOS COMPENSIBLES

—¿Qué hay de malo en Lutero?

—Yo diría que muy pocas cosas, y las que hay no son suyas propias, sino que pertenecen al colectivo de los hombres y de las instituciones de su época, aparte de los lógicos condicionamientos humanos de cada persona.

¿Que contaba en su haber con una fuerte dosis de soberbia? Más o menos, la misma dosis con que contaban los teólogos católicos y las jerarquías eclesiásticas que se le opusieron.

Las circunstancias le acorralaron en ocasiones de tal modo, que llegó a adonde ni quiso ni pretendió llegar nunca. A los hombres no se les puede juzgar a la ligera, sobre todo si se sabe, como en el caso presente, que tienen una gran talla en todo orden de cosas... Sus fallos fueron comprensibles.

Identificado con la sociedad feudal germana de entonces, es explicable hasta su constante referencia a los príncipes y su intolerancia a aceptar otra religión distinta de la que tu-

vieran los príncipes de los respectivos Estados. Desde esta situación estrictamente medieval, no comprendió ni asimiló las corrientes humanistas que en su tiempo ya se iniciaban con fuerza y que, por ejemplo, definieron la Reforma de Calvino. Lutero, como casi todos, pontificó también demasiado e idénticamente se convenció de que era un gran profeta, a cuya verdad se entregó sin medida.

—¿Se le condenaría hoy católicamente a Lutero?

—No. Sería un hombre de prestigio en la Iglesia, y sus escritos la orientarían con seguridad doctrinal,

HACIA LA REHABILITACION DE LUTERO

nal, un tanto fronteriza, pero nada más. Dentro de la Iglesia católica hay grandes teólogos en la actualidad, cuyo pensamiento se acerca más al suyo que al tenido como tradicionalmente católico...

Una es lo que dijo Lutero y otra cosa es lo que sus rivales doctrinales dijeron que dijo. De todas formas, sus primeros errores doctrinales hoy no se considerarían como tales errores.

Me consta que se están haciendo gestiones para levantarle la excomunión, haciendo constar, asimismo, que tal excomunión fue muy discutible...

OTRA VERSION

Sinceramente, comprendo que es de justicia que se nos digan ya estas cosas y se nos ofrezca una versión de Lutero distinta de la que nos habían dado hasta ahora. Pero, sinceramente, comprendo también el esfuerzo que han de realizar no pocas personas para aceptar esta visión tan nueva y contrapuesta a la antigua.

—¿Por qué se le excomulgó a Lutero?

—Por pocas razones y por muchas sinrazones. Entre otras, porque sus errores fueron redactados no por él mismo, sino por un dominico, rival de los agustinos, hasta el punto que consta que algunos de tales errores no eran del propio Lutero, sino de los católicos—, mezclándolos el dominico sin objetividad. Lutero fue excomulgado también porque la excomunión entonces no era sólo arma religiosa, sino política. Roma excomulgó al germano Lutero, que, por germano, tenía que ser antirromano.

—Entre otras cosas, ¿qué aportaría hoy a la Iglesia Lutero?

—En la relación Iglesia-Estado, «una mutua inteligencia entre ambos poderes». Una posición radical reformadora ante tanta estructura y superestructura eclesiástica. Una lucha de-



Lutero, hacia 1530



TEOFANES EGIDO, TEOLOGO CARMELITA, QUE ACABA DE PUBLICAR EL PRIMER TOMO DE LAS OBRAS DE LUTERO

nada y purificadora contra las manipulaciones de Roma y su centralismo sacramentario, que favorecía a los mejores «pastores». En cuanto al matrimonio, está convencido de su insolubilidad y lo que lamenta es que Roma lo disuelva a veces, cuando, según él, son la conciencia y la comunidad los verdaderos árbitros en tal insolubilidad.

—¿Lujurioso?

—No, por favor. Eso es una monstruosidad y facilonía patraña. Los lujuriosos eran aquellos clérigos y frailes que, en España, como en tantos otros países, llegaron a organizar en tiempos de Cisneros procesiones —es decir, manifestaciones— contra el cardinal reformador español, optando por emigrar a Argel, en donde les resultaba fácil seguir conviviendo con sus barraganas.

• Dispuso de una fina sensibilidad religiosa, que fue precisamente lo que le movió a reformar la Iglesia

• Hoy no se le condenaría y hasta sería un hombre de prestigio en la Iglesia católica



Catalina Bora, la esposa de Lutero

◆ Una cosa es lo que dijo Lutero y otra es lo que sus rivales doctrinales dicen que dijo

◆ Se hacen gestiones para levantarle la excomunión, que hoy es más que discutida

MATRIMONIO EJEMPLAR

—Su matrimonio con la monja Catalina Bora no respondió a motivaciones de lujuria; fue un matrimonio ejemplar, que se responsabilizó después comunitariamente de sus hijos y de los hijos de sus hermanos, viviendo todos juntos en un antiguo convento de agustinos.

Fue padre-patriarca de una familia ideal, educándola en la generosidad, en la alegría, en el amor y en el humor. Su misma esposa difícilmente podía entender la generosidad de un hombre —el creador del idioma alemán— que pudo haberse enriquecido hasta límites

insospechados con la publicación de sus múltiples escritos y que vivió y murió pobre.

Lutero aceptó el oficio de escritor como una misión apostólica orientada a la comunicación de la gracia. Por eso nunca percibió honorarios por sus originales, a pesar de las ofertas que recibía, aún de impresores católicos, que se beneficiaban de una producción, a la que no daban abasto.

Se trataba de un mensaje liberador y, si el comercio era algo de por sí maldito, sería intolerable el tráfico con la gracia. El 28 de julio de 1545 le escribía a su esposa: «A mi amable y querida mujer Catalina Luther de Bora, predicado-

ra, cervecera, jardinera y un montón de cosas más: Gracias y paz. Querida Kethe: Pasado mañana saldré para Merseburg, porque el príncipe Jorge me lo ha pedido con insistencia. Prefiero andar errante de un lugar a otro y comer el pan de los mendigos, antes que mortificar los últimos días de mi vejez con los desórdenes de Wittemberf.»

Le decía a su hijo Juanito: «Veo con agrado que estudias mucho, y rezas fervorosamente. Sigue así, hijo mío. Cuando regrese a casa te llevaré un bonito regalo de la feria.»

Por justicia, por historia, por teología y por sentido común, a Lutero habría que rehabilitarlo en España, y la edición de su obra preparada por Teófanos Egido contribuirá poderosamente a este fin, de la mano de la fidelidad a los textos y a la vida.

Uno de los graves pecados de cualquier colectividad es manipular el recuerdo de los hombres y de las instituciones en su desprestigio y con la intención de hundirlos en lodazales de miseria, para así hacer más atrayente la

imagen de aquellas otras personas e instituciones contrapuestas.

Se trata de procedimientos ilegítimos que, tarde o temprano, se vuelven en contra de tales manipuladores. Lo correcto es estudiar la historia desapasionadamente y presentar los documentos con toda limpieza, y esto es lo que ha hecho con Lutero Teófanos Egido...

Y ahora que sea el lector, con su mayoría de edad mental, quien excomulgue o salve, sin necesidad de tener que recurrir a valoraciones y a procedimientos pasados, en los que difícilmente se podía discernir hasta dónde llegaba la verdadera religión y hasta dónde la política.

De todas formas, el hallazgo de Lutero le supuso a su época, y también un día puede suponerle a la actual, un aura fresca en la atmósfera obsesionada por el pecado y la condenación. «Cristo no es un Moisés, un carcelero o un verdugo; es un mediador que nos reconcilia a nosotros, pobres pecadores, con Dios.»

Antonio ARADLLAS